

Asamblea de Educación 2016
“100 AÑOS SEMBRANDO ESPERANZA”
Quebrada de la Virgen, Los Teques, 27 al 29 de abril



El Servicio de la Fe y Promoción de la Justicia hoy

LUIS UGALDE, S.J.

I. LA FE CRISTIANA EN EL BANQUILLO: ENFRENTAMIENTO FE Y RAZÓN, CIENCIA Y FE

Con la irrupción de la modernidad en los siglos XVIII y XIX, la religión y la Iglesia Católica se vieron cuestionadas radicalmente por un mundo naciente cargado de espíritu liberador y humanizador. La fe religiosa era una de las realidades predominantes en el “antiguo régimen” que deberían ser y serían superadas. **Desde el siglo XVIII y luego en el XIX y XX, parten de Europa tres grandes revoluciones: la Revolución Industrial y Económica, la Revolución Cultural y la Revolución Política.** Empiezan en fechas diferentes según las naciones, pero se van expandiendo de manera que han transformado la humanidad en un par de siglos.

La Revolución Cultural de la Ilustración entronizó a la diosa Razón como la liberadora y clave para librarse del mundo oscurantista del pasado hacia un mundo luminoso y sin mal. Según los ilustrados la causa del mal es la ignorancia. Entusiasmados con los descubrimientos de leyes racionales insertas en la naturaleza de las cosas, consideran que el mundo es una creación del Gran Arquitecto del Universo, Razón Suprema, que toda la realidad tiene leyes naturales racionales que la rigen y el hombre está dotado de razón para conocerlas. El hombre revoluciona la ciencia y la técnica en la medida en que su razón va descubriendo, aceptando y aplicando para transformar, las leyes de la Física, Química, Biología... Los humanos no somos excepción, sino que también **somos creados y constituidos conforme a leyes naturales racionales que debemos descubrir, secundar y construir la vida conforme a ellas.** Así, entusiasmada con las ciencias naturales, la Ilustración va tratando de descubrir las leyes del mundo humano: la “física social” o sociología, las leyes psicológicas, las leyes económicas “naturales”...

La Ilustración entroniza a la diosa Razón y **considera que la religión tradicional es oscurantista y obstáculo** que impide la entrada de la luz y del Iluminismo. La Razón como suprema realidad va a liberar al mundo de todo mal, pues la causa de éste es la ignorancia.

Este planteamiento tiene profundas implicaciones sociales y trajo un **choque inevitable con el dominio** (por ejemplo) **de la Iglesia católica en la educación y en el espíritu de las personas, lo que llevó a enfrentar Fe y Razón, Ciencia y Fe.**

Aunque hubo muchos creyentes cristianos que eran ilustrados y distinguidos científicos, en el siglo XIX se produjo un choque brutal entre la Iglesia Católica y el Racionalismo absolutizado. El pontificado de Pío IX y el Concilio Vaticano I estuvieron trágicamente marcados por este

enfrentamiento y por las condenas - a veces hasta la negación- de la autonomía de la Razón y de la Ciencia. Al mismo tiempo en muchos estados hubo persecuciones a la Iglesia y a las órdenes religiosas, sobre todo en el campo de la educación. A pesar de que los métodos racionales gradualmente fueron aplicados a los estudios bíblicos y teológicos, **es en el Concilio Vaticano II (1962-1965) donde se produce el encuentro entre la Fe y la Razón, entre la Iglesia y la autonomía de las ciencias**, así como también con la autonomía de los poderes civiles sin sometimiento al Papa.

Con el tiempo los hechos fueron desmontando la pretensión y el optimismo de que donde hay luz racionalista desaparece el mal. Las dos guerras mundiales fueron desatadas y protagonizadas por países científica y tecnológicamente más avanzados. La realidad demuestra que la ciencia y el mal conviven y a veces se refuerzan mutuamente. **La razón y la ciencia son necesarias, pero no suficientes para desterrar el mal del mundo.** La razón instrumental revolucionó todo, pero no sirvió unilateralmente para hacer el bien, sino que potenció también la capacidad y los instrumentos para hacer el mal. La decisión de aplicarlo sólo para humanizar y dar vida depende de factores humanos de otra dimensión. La primera guerra mundial demostró la gran capacidad de la ciencia y tecnología para matar con eficacia a muchos millones. La segunda guerra mundial elevó esta capacidad de destrucción humana y la tercera (si se diera) podría hacer desaparecer la humanidad entera.

La humanidad necesita un para qué y un corazón que ponga en primer lugar a los seres humanos y ordene la ciencia y la técnica racionales como instrumentos y medios al servicio de la humanización sin exclusiones

El tiempo ha ido demostrando que **no sólo es posible la combinación de Fe y Razón, sino que ambas se necesitan mutuamente**, entendiendo que el corazón de la Fe es el Amor, Dios-Amor que lleva a amar al prójimo como a sí mismo. Hoy decimos que no sólo es posible la convivencia de Fe-Amor con Ciencia-Tecnología, sino que este binomio, sin el primero, se convierte en instrumento de dominación (política, económica y social), de muerte y de destrucción de la tierra.

II. EL VALOR DE FE – JUSTICIA, UN PROCESO LARGO PARA ASIMILAR Y ENTENDER

La Revolución Francesa, con gran fe en la Ilustración prometía el amanecer de una nueva sociedad de **Libertad, Igualdad y Fraternidad**. Quería ser la aplicación de la Ilustración a la política y a la realidad social. Había que barrer el “antiguo régimen”, que justamente criticaban. La triunfante revolución liberal-burguesa (económica, política y social), a la vuelta de menos de un siglo (1840), mostraba una realidad menos bella, en la que la revolución de las fuerzas productivas iba acompañada de una espantosa situación social en las condiciones de trabajo en las empresas y de vida del proletariado; situaciones de muerte más que de vida.

Como respuesta a ese horror social nacen, a mediados del siglo XIX, muchos **movimientos y pensamientos alternativos**. Entre ellos nace el pensamiento marxista (con pretensión de científico) que con el tiempo sobresale como movimiento socio-político que propone cambiar todo y sustituirlo por el paraíso comunista donde no habrá ni mío ni tuyo, ni explotación, ni escasez, sino abundancia con un trabajo no alienado y bienes compartidos. También para la utopía (¿ciencia?) marxista la religión tiene que desaparecer porque ella es parte importante de la miseria y de la dominación humana. Según Marx la religión es el “opio del pueblo”, el suspiro en la miseria” y “el corazón de un mundo sin corazón”, porque la religión es legitimadora de la dominación y de la explotación y, al

mismo tiempo, alimenta la resignación de los sometidos. Anuncian que con el triunfo de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado, la religión “se extingue”, pues una vez que no haya ni miseria ni opresión y tengamos un mundo con corazón, mueren las bases económico-sociales de la religión.

Si la utopía ilustrada-liberal afirmaba la incompatibilidad de Fe y Razón, para la utopía marxista son además incompatibles Fe y Justicia. Sólo en sociedades injustas puede existir la religión y la fe, y las iglesias cultivan las injusticias como base de su existencia.

La Iglesia católica (reconociendo que había críticas acertadas sobre la manipulación de la religión por el poder y las indebidas alianzas y bendiciones de situaciones de opresión), **a fines del siglo XIX, activa su mejor comprensión de las cosas nuevas (Rerum Novarum) económicas, sociales y políticas que van naciendo.** Y busca en **el Evangelio** su auténtica vida e inspiración, que permite la lectura crítica de capítulos y actuaciones de la historia de la Iglesia con mentalidades modeladas también con el barro de la injusticia e indebida sacralización de situaciones inhumanas contrarias al Evangelio.

El Concilio Vaticano II (1962-65) fue animado por un nuevo espíritu que elimina no solo la supuesta incompatibilidad de la Fe y la Razón, sino también de la Fe y la Justicia Social. Como dice Pablo VI en el discurso de clausura del Concilio:

“Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla (...) superando la actitud de rechazo mutuo, “determinada por las distancias y las rupturas ocurridas en los últimos siglos...” (n. 6)

Tanto que se pregunta el Papa:

“¿No sería, en definitiva (el Concilio), un simple, nuevo y solemne enseñar a amar al hombre para amar a Dios? Amar al hombre -decimos-, no como instrumento, sino como primer término hacia el término supremo trascendente, principio y razón de todo amor...” (n. 17)

La religión del Concilio es el amor, amor que no lleva a condenar sino a comprender al mundo, acompañar a la gente y brindarle la luz de Jesús y el camino del evangelio. Uno de los documentos más trascendentales del Concilio significativamente empieza afirmando:

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombre de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual N. 1).

En el evangelio vemos que **Jesús** no se deja encerrar por el Sanedrín en el templo, en la ley y en la condena, sino que **sale a buscar a los rechazados y excluidos,** pues en ese acercamiento se revela con más claridad y radicalidad el rostro del Padre, el corazón de Dios-Amor y **en el encuentro con el prójimo se realiza en encuentro con Dios.**

Terminado el Vaticano II, **el Papa pide a los obispos latinoamericanos que miren a sus pueblos y a su Iglesia desde esta perspectiva evangélica** y que el espíritu del Concilio recree en la Iglesia de nuestro Continente. De ahí que en 1968 se reuniera una muy trascendental **Conferencia de Obispos de América Latina en Medellín (1968)**... De ella surgieron documentos

de autocrítica y de inspiración novedosa con **la centralidad de los pobres en la evangelización y vida de la Iglesia en América Latina.**

Unos meses antes de la Conferencia de Medellín, en ese mismo año de 1968, **los provinciales de la Compañía de Jesús en América Latina**, reunidos en Río de Janeiro, **escribieron con el mismo espíritu la “Carta de Río”.**

Estos énfasis dan origen a las **teologías de liberación** y sobre todo a la espiritualidad de liberación y de esperanza en las comunidades pobres. Esperanza que descubre con fuerza que Dios no quiere su miseria y opresión y que **ser seguidor de Jesús significa buscar vida digna para los excluidos y con ellos.** Significa el evangélico "levántate y camina" dicho a los empobrecidos y oprimidos para que ellos sean sujetos, sean co-constructores de la nueva sociedad. Pero significa también la apelación a los necesarios cambios estructurales, institucionales y políticos para que todo ello sea posible. Es evidente que la Fe cristiana que nos da Jesús (no las desviaciones que se pegan en largos siglos de historia) es amor, solidaridad y justicia social.

Esta discusión y tema no era sólo latinoamericano. **La Compañía de Jesús con la guía inspiradora y carismática de su General P. Arrupe se siente invitada a asumir con toda vitalidad el Concilio Vaticano II y su aplicación.** Es un camino que exige grandes cambios y una fuerte renovación espiritual, discernimiento y mirada crítica sobre mucho de lo que se hace y el modo como se hace. Por eso **los años finales de los sesenta y toda la década de los setenta serán de mucha tensión**, de mártires y de conflictos entre distintas visiones de la Iglesia y de la sociedad.

Por un lado la Iglesia está en el banquillo acusada de ser soporte y legitimación de estructuras económicas, políticas y sociales de pecado. Por otra parte la vivencia espiritual desde la radicalidad del Evangelio hace que muchas comunidades y personas busquen el cambio con una gran conversión hacia los pobres y con ellos. Otros piensan que esos cambios lo que hacen es abrir las puertas al marxismo, o que ya están influidas y contagiadas de comunismo. De gran significación fue el Sínodo de los Obispos de 1971 sobre la Justicia en el Mundo.

Este gran tema y discusión de Fe y Justicia, en el área de educación llevará a las preguntas: ¿a quiénes estamos educando? y ¿qué contenido y visión social transmitimos en nuestra educación?

Como muestras y pasos significativos, conviene mencionar brevemente la importancia de las **palabras del P. Pedro Arrupe** al Congreso Europeo de Antiguos alumnos (Valencia 1973), que en el momento no fueron bien entendidas, ni asumidas: *Queremos formar “hombres para los demás, es decir, que no conciban el amor a Dios sin el amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia, que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa o incluso un ropaje farisaico que oculte nuestro egoísmo”.*

La **Congregación General 32** de los jesuitas (1974-75) y su trascendental **Decreto 4º sobre “Nuestra Misión Hoy”** se produjo en esa coyuntura espiritual de la Iglesia y de la Compañía de Jesús. La misión de la Compañía de Jesús desde su fundación (1540) es **el Servicio de la Fe.** Ahora no se trata de cambiar eso sino de explicitar que **esa fe incluye la dimensión de la justicia** y las implicaciones que tiene en nuestros días dentro del debate que venimos comentando. El decreto 4º dice desde el principio:

“la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos con Dios” (n.2)

Aunque el servicio de la fe sea el mismo hoy y ayer, el contexto histórico postconciliar exige que consideremos esto con “una mirada nueva” y comprensión de la unión Fe-Justicia. El decreto explicita más y saca algunas consecuencias para el trabajo de los jesuitas. En concreto, a los educadores nos exige discernir y repensar muchas cosas.

III. HOY Y AQUÍ

Desde entonces han pasado 40 años y algo más de 50 desde el final del Concilio Vaticano II. No basta repetir las cosas dichas entonces, pues hay **mucho recorrido y vivido** en América Latina y el mundo entre 1966 y 2016. En la búsqueda de una sociedad que supere la exclusión y la pobreza de las mayorías **se han ensayado diversos caminos**. Hay **logros indudables**, pero también **fracasos estrepitosos** que, si no los entendemos, podemos volver a repetir.

Hoy no podemos plantearnos en educación el tema Fe-Justicia ni con ingenuidad ni con simplismo político y económico, ignorando esas experiencias y logros. Sería irresponsable.

En este medio siglo, la realidad excluyente y la visión crítica del capitalismo llevó a muchos en nuestras sociedades a pensar en diversas vías y modos para lograr la alternativa socialista que supuestamente traería sociedades justas. De manera muy resumida debemos recordar que ha habido media docena de **ensayos** (en África muchos más) **con gobiernos “socialistas”** como el de Allende en Chile, Velasco Alvarado en Perú, el sandinista Ortega en su primera etapa en Nicaragua, el castrismo en Cuba y el chavismo en Venezuela. Todas esas experiencias de gobierno **han terminado en fracasos y empobrecimientos estrepitosos**. La mayoría de ellas pretendían un socialismo distinto del estalinismo y la férrea dictadura soviética.

En ese mismo tiempo en América Latina se han vivido también sangrientas **dictaduras anticomunistas** y se han ensayado **políticas neoliberales** vividas con una fe simplista en esa fórmula ideologizada. Hay países y gobiernos con notables **éxitos con fórmulas más bien mixtas y pragmáticas que combinan economía social de mercado con políticas del Estado decididas y bien enfocadas**.

Estas experiencias y lo vivido en estos años en la Iglesia y en la Sociedad nos deben llevar a **evitar todo simplismo en la búsqueda de una sociedad más justa y de una fe que incluya el compromiso social**. Hay que analizar críticamente las enfermedades del capitalismo y al mismo tiempo no caer en la ilusión de que el “socialismo” es pura salud social libre de toda enfermedad, o peor aún, sacralizar mesianismos sociales confundiéndolos con el Reino de Dios. **Las alternativas socio-políticas se construyen con el hilo de la utopía que ilumina hacia un horizonte de humanización** y el hilo de la realidad que nos libra de las trampas de la ilusión. Ahí actúa el espíritu del Reino de Dios sin sacralizar reinos de este mundo.

En estos años no solo ha habido cambios en América Latina, sino que **el mundo se ha globalizado más**. A partir de 1989 se derrumbaron el “Muro de Berlín” y todo el “Bloque soviético”.

La fracasada economía comunista China dio paso a un poderoso capitalismo dirigido por el partido y el Estado comunista. Esos derrumbes comunistas dejaron en evidencia las miserias e inhumanidades de las “dictaduras del proletariado”, que más bien fueron dictaduras de los partidos comunistas sobre la sociedad, como es todavía la de Cuba.

Al mismo tiempo entre nosotros se ha avanzado mucho en la comprensión y en las experiencias en educación ignaciana animada por un espíritu de Fe-Amor, que forma hombres y mujeres con una visión y una voluntad de construir sociedades más justas y solidarias; aun sabiendo que no existen sociedades perfectas en esta tierra.

Lo “social” no ha significado debilitamiento de lo “educativo”, como temieron muchos, sino su cualificación. En las últimas cuatro décadas el apostolado educativo en la Compañía de Jesús y en la Provincia de Venezuela, lejos de disminuir, se ha fortalecido y crecido, aunque el número de jesuitas por alumno haya bajado fuertemente. Ello es posible gracias al enorme crecimiento de educadores laicos en todos los niveles y cargos y al hecho de que todos compartimos cada día más la identidad espiritual y pedagógica ignaciana.

1. La Fe como un reto y una necesidad

No basta reflexionar sobre el contenido de justicia como inseparable de la fe cristiana y su puesta en práctica. Hace 100 años, cuando los jesuitas llegaron a Venezuela estaba sobrentendido que la sociedad era religiosa. Cuando se fundó la Compañía de Jesús (1540) nadie se confesaba agnóstico y menos ateo; la religión era como el aire social que se respiraba. Se vivía en un régimen de “cristiandad”, con estados confesionales donde lo civil y lo religioso eran inseparables en la vida privada y pública. De 1966 a 2016 esa situación ha cambiado radicalmente en las sociedades occidentales, sobre todo en Europa. La fe no es algo que lo impregna todo desde la familia, la cultura y los estados confesionales, sino que va siendo una realidad contra-cultural.

También en la educación latinoamericana se dan estos cambios, aunque en grado menor. Estamos entrando en culturas laicas y el cultivo de la fe en nuestras escuelas se debe realizar de modo distinto y tomando en cuenta esta realidad.

2. Fe y Justicia en Venezuela hoy

Es claro que en Venezuela hoy estamos viviendo con una sensación de fracaso del intento de imponer el “socialismo del siglo XXI”. La escasez, la inflación, la violencia e inseguridad y la exclusión política, dejan un amargo sabor de boca. Al mismo tiempo no es fácil vislumbrar una salida con esperanza realista de poder construir una sociedad justa, democrática e inclusiva. Para salir se requiere en la gran mayoría del país la convicción de que es indispensable un NUEVO CONSENSO NACIONAL, que incluya a todos en una sociedad diversa y no uniformada, pero con solidaridad básica, para que juntos hagamos realidad la superación de la pobreza y de la exclusión, tanto económica como social y política.

En la década de los setenta se hacían críticamente dos tipos de preguntas sobre la educación jesuitas:

¿En qué sectores de la sociedad se concentran nuestras capacidades educativas? ¿Es correcto o tiene que haber un desplazamiento social hacia los pobres?

¿Con qué mentalidad, actitud solidaria y visión social salen los egresados y viven los antiguos alumnos en su profesión, empresa, familia, liderazgo político y económico?

En torno a esas preguntas **hubo mucha división, pero se avanzó y se lograron consensos fundamentales**. Hoy no podemos hablar de división entre los "sociales" y los "educadores", sino de sinergia. Básicamente hoy nuestra presencia en educación es socialmente variada de acuerdo a nuestras posibilidades.

Ahora las preguntas más exigentes son sobre la mentalidad social que sembramos y cultivamos (siempre de modo contracultural) frente al ambiente de "individualismo posesivo" que prevalece en los diversos sectores sociales, y de la calidad de la educación que recibe la inmensa mayoría con la que no podemos tener contacto.

La solidaridad con esa inmensa mayoría y el compromiso con lo público, inclusivo y eficiente, **exige programas especiales**, sobre todo en la formación de quienes quieren más, "magis", como subraya la segunda prioridad del PAC (Plan Apostólico Común de CPAL).

Tenemos que ser conscientes de que en Venezuela ha habido una siembra sistemática de la polarización, discriminación y descalificación social y moral; y que ella, a su vez, produce reacciones también polarizadoras y deseos de revancha, que dificultan la reconstrucción nacional. Aquí es importante **el aporte que hagamos a través de la educación que ofrecemos y la acción pública**.

3. Hacia un NUEVO CONSENSO NACIONAL

Tenemos que llegar a acuerdo sobre la **necesidad de cambio**, fuerte y consistente, **con propuestas programáticas** básicas para producir juntos la economía, la política democrática y la convivencia social que necesitamos. **El espíritu cristiano es clave para recrear esa nueva actitud nacional** remontando serios bloqueos, como recientemente nos invitó el papa Francisco.

En una visión positiva de la pluralidad social, el otro no es el enemigo, sino que **somos complementarios** tanto en las empresas productivas como en las otras dimensiones de la sociedad. **Tenemos que tender puentes** entre diversos sectores para el cambio. Visión no de exclusión del otro, sino complementariedad y cooperación.

Esa visión que no excluye al otro deber llevar convicciones que todavía parecen ausentes en muchos venezolanos, que necesitamos cultivar. Por ejemplo: no le puede ir bien a los pobres, si no le va bien a muchas decenas de miles de empresas productivas y viceversa: no le irá bien a los empresarios en Venezuela si no les va bien a las mayorías y a los pobres.

Todo esto requiere, entre otras cosas:

- Transformación de la empresa productiva en ese sentido (diversos factores de producción y beneficios compartidos)
- Transformación de la política y del sentido de lo público.
- Empoderamiento y creación de poder-capacidad donde no lo hay para que haya menos poder de dominación por parte de minorías.
- Educación de calidad para que los hoy empobrecidos salgan de la pobreza.
- Y en nuestros centros educativos, la elaboración de programas de formación y compromiso ciudadano para jóvenes de 15 a 25 años en especial, con complementariedad y apoyos entre los sectores social, educativo, parroquias... de la Compañía de Jesús.

4. Unas notas más sobre retos para nuestras obras educativas hoy

La calidad de nuestro servicio educativo depende de que nos identifiquemos jesuitas, religiosos/as y laicos en una única misión, lo que exige una **oferta de formación sistemática en identidad ignaciana y para la colaboración, la superación de la tradicional división del trabajo** en la que los jesuitas se reservaban trabajos y cargos decisivos y los laicos otros de manera subordinada, y la **creación de un clima organizacional más colaborativo**.

Dentro de nuestros centros y hacia el exterior, debemos **promover el cultivo de actitudes fundamentales que permitan construir una sociedad plural, abierta al diálogo basado en el reconocimiento del otro** en su diversidad y la trascendencia de su vida. En especial, trabajar por la formación de nuestros alumnos en las 4 Cs, para que sean **personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas con solidaridad**. El pluralismo de la sociedad implica que cada uno debe alimentar esas características desde sus convicciones más profundas y trascendentales, sean estas religiosas (en su diversidad) o laicas, e incluso agnósticas. **En nuestros centros educativos estas 4 Cs se nutren de la visión y la vivencia cristiana de la vida y no lo debemos ocultar**.

Necesitamos llevar adelante programas y acciones más explícitamente planificadas para lograr una **mayor comprensión de las culturas juveniles** y un **mayor “acercamiento” a los jóvenes**, en especial a aquellos con capacidad de liderazgo. Se nos pide **promover su formación integral**, su opción de vida y su compromiso para la transformación social y la revitalización eclesial.

Trabajar decididamente por **el derecho de todas y todos a educación de calidad**. Es tarea nuestra convertirnos en defensores de la dignidad humana, **lograr que la educación de la Compañía sea reconocida como abanderada de la educación de calidad para todos** (no para una minoría privilegiada), **presentar con más claridad el aporte ignaciano a la educación de calidad** y desarrollar múltiples iniciativas para **fortalecer nuestra incidencia en políticas públicas**.

Finalmente, avanzar en la creciente **relación, apoyo mutuo y sinergia** entre la labor educativa en los colegios, en las universidades y en Fe y Alegría, junto con Huellas, el Centro Gumilla, Pastoral Vocacional, el Servicio Jesuita de Refugiados, el Centro de Espiritualidad y Pastoral...y otras obras de la Compañía. Juntos somos una gran red apostólica, con potencialidades muy superiores a las articulaciones ya logradas, para profundizar nuestro aporte en Venezuela hoy.